

DOSSIER AFGANISTÁN

Este dossier, publicado en *Informations ouvrières* del 26 de agosto al 1 de septiembre de 2021, fue escrito dos días antes de los atentados de Kabul, que suponen una trágica confirmación de lo que venimos escribiendo. *Informations ouvrières* tratará de nuevo sobre esta cuestión.

«El gran juego»

Lucien Gauthier

C'En estos términos describía Rudyard Kipling en su novela *Kim* las rivalidades entre el Imperio británico y el Imperio zarista en el siglo XIX en Afganistán. Ese gran juego es la guerra, el saqueo de los pueblos. No debemos caer en el engaño, repetido una y mil veces por la prensa, de establecer un paralelismo entre la huida de los estadounidenses de Vietnam en 1975 y la evacuación en el aeropuerto de Kabul. No es lo mismo.

«La caída de Kabul es una expresión de la crisis de todo el sistema de dominación imperialista mundial.»

En Vietnam, tras decenios de combate por la liberación nacional, un pueblo se levantaba para echar al imperialismo estadounidense de su país, al mismo tiempo que millones de norteamericanos se manifestaban con una exigencia: «¡Traed a los muchachos a casa!». Pero ya no estamos en el siglo XIX ni en el XX. La situación mundial y la crisis imperialista son cuestiones de naturaleza diferente. En el caso de Afganistán, son los dirigentes del imperialismo quienes deciden abandonar al gobierno títere que mantenían a duras penas desde hace veinte años. Desde 2010, representantes del imperialismo estadounidense negociaban con dirigentes talibanes en Qatar, donde se había refugiado el buró político de los talibanes. En febrero de 2020 firmaron un acuerdo que contemplaba la retirada completa de las tropas estadounidenses el 31 de mayo de 2021. A cambio, los talibanes se comprometían a no atacar durante ese periodo a las tropas estadounidenses. Unos meses después los estadounidenses pedían a los talibanes un aplazamiento hasta el 31 de agosto, que estos aceptaron. Antes habían hecho lo mismo en Iraq,

donde destruyeron el país y se fueron dejándolo en manos de bandas mafiosas.

Como explica un largo artículo publicado en *Le Monde*, «la debacle de la retirada afgana no es un rayo en un cielo azul sino la consecuencia del fiasco de la invasión de Iraq en 2003, del encadenamiento allí de trágicos errores y del caos permanente en el que sumió a Oriente Medio».

La caída de Kabul es una expresión de la crisis de todo el sistema de dominación imperialista mundial y del lugar que ocupa el imperialismo estadounidense en el mundo. Obligados a poner todas sus fuerzas en afrontar la competencia a la que están sometidos sus monopolios en un mercado mundial sobrecargado, la rivalidad con China, y confrontados además a una creciente resistencia dentro también del país, los dirigentes del imperialismo estadounidense han considerado que en esta fase no disponían de los medios para «estabilizar» la situación en Afganistán. El citado artículo de *Le Monde* subraya que Biden «afirma abandonar Afganistán para poder concentrarse en asuntos más estratégicos, esencialmente la rivalidad con China» (24 de abril). Con la retirada de las tropas estadounidenses de Afganistán se pone en evidencia la incapacidad del imperialismo más poderoso para «estabilizar» el caos que ha provocado al someter al pueblo afgano, como a todos los pueblos del mundo, a las exigencias de supervivencia de un sistema que condena a todos a la miseria y a las privaciones.

En este sentido, la caída de Kabul marca el paso a una nueva etapa, la que cierra lo que se estableció en 1945 y en la que vemos como uno tras otro se fisuran los viejos imperios bajo la presión combinada de la resistencia de los pueblos a los que oprimen y de la clase obrera de sus propios países. La decisión estadounidense, hace cincuenta años, de anunciar el fin de la convertibilidad del dólar en oro trastocó todos los acuerdos mundiales surgidos de los de Bretton Woods en 1944, y a partir del momento en que el dólar pasó a ser la moneda de cambio mundial Estados Unidos concentró en sí mismo

todas las contradicciones de la economía capitalista. Igual que ocurrió con la caída de la URSS en 1991, cuando el imperialismo estadounidense concentró todas las tareas de la contrarrevolución.

Se acaban los plazos. La consigna de Biden, «America is back», se ha expresado con brutalidad en la cumbre de la OTAN:

Biden «afirma abandonar Afganistán para poder concentrarse en asuntos más estratégicos, esencialmente la rivalidad con China» (24 de abril).

los representantes estadounidenses rechazaron tajantemente las demandas de los europeos de prolongar su presencia, lo que apunta a la verdadera naturaleza de las relaciones entre la Unión Europea y Estados Unidos.

Es una advertencia para el gobierno Macron, ya que lo que vale para el imperialismo más poderoso vale para los imperialismos de segunda como el francés, enfangado en su guerra en el Sahel.

Hay que insistir: la situación en Afganistán no es más que una expresión de la crisis generalizada del sistema imperialista. Como subraya *Le Monde*, «el fin del ciclo de las intervenciones post 11 de septiembre no significa necesariamente que Estados Unidos deje de intervenir en los asuntos del mundo». En crisis y agónico, este sistema puede provocar nuevos desórdenes, y lo hará. La dominación imperialista provoca guerras, muertes, decenas de millones de emigrantes, la hambruna que mata cada año a nueve millones de personas, la destrucción de las conquistas de la clase obrera, y esa es la razón por la que desde 2019 se hayan desencadenado procesos revolucionarios en el Magreb, en Oriente Medio, en América Latina y en Asia, y por la que se están produciendo importantes movimientos de lucha de clase en los Estados europeos y en Estados Unidos. ■

¿Y ahora?

Kabul ha caído sin combate. El régimen y su ejército fantasma se han derrumbado inmediatamente. Ha caído en medio de la indiferencia general de una población agotada por decenios de guerra y por los clanes mafiosos.

Durante veinte años, Estados Unidos ha gastado en Afganistán 2 billones 261 000 millones de dólares, y ha agrandado sin medida la corrupción del régimen y sus afines. La población se ha visto arrojada a la miseria. Según el Banco Mundial, en 2007 el 37 % de los afganos vivían por debajo del umbral de la pobreza, y en 2020 era el 55 %. La guerra, durante veinte años, oficialmente les ha costado la vida a 240 000 personas, la mayoría civiles, ha destruido pueblos enteros, obligado a huir a sus poblaciones.

Varios millones de afganos están refugiados en Pakistán, Irán y Turquía. La supuesta modernidad del gobierno títere de la que tanto han hablado los medios internacionales solo existía en la capital, Kabul. Pero la mayoría de los afganos vive en zonas rurales, montañosas, aisladas, sin recibir ayuda alguna del gobierno central, sobreviviendo gracias al cultivo de la adormidera. Es conservadora y rigorista y no ve en los talibanes algo contradictorio con su vida. Incluso ve en la política represiva de los talibanes un medio para acabar con la inseguridad, echar a los ladrones y destruir el poder de los pequeños señores locales. Evidentemente, es muy distinta la opinión de

una parte de la población urbana, más educada, y sobre todo la de las mujeres, que saben muy bien lo que significa la vuelta de los talibanes.

El mulá Abdul Ghani Baradar, cofundador del movimiento talibán junto con el mulá Omar, abandonó su lujosa mansión en Qatar para volver a Afganistán. En su entorno han proliferado las declaraciones de jefes talibanes que aseguran que ellos serían tolerantes, que no impondrían el burka, que las niñas podrían ir a la escuela, las mujeres trabajar. Es la influencia de su nuevo padrino, Qatar, que les enseña a mostrar un barniz democrático para discutir con los occidentales.

El motivo oficial de la vuelta del cofundador de los talibanes es contribuir a formar un gobierno «inclusivo». Las negociaciones han comenzado con la llegada de Khalil Haqqani, uno de los terroristas más buscados por Estados Unidos, y sobre todo de Gulbuddin Hekmatyar, jefe de un grupo yihadista distinto de los talibanes y al que llaman «el carnicero de Kabul» porque bombardeó intensamente la ciudad durante la guerra civil de 1990.

Pero la situación se tensa en Kabul, ingleses y alemanes han solicitado oficialmente (con el apoyo de Francia) un aplazamiento de la retirada de sus tropas, al considerar que no podían asegurar las evacuaciones antes del 31 de agosto. En un primer momento, Biden no cerró la puerta a esta solicitud. El portavoz de los talibanes recordó que el acuerdo se había firmado para el 31 de agosto, dijo que se trataba de «una línea roja», y precisó: «Si Estados Unidos o el Reino Unido piden más tiempo para continuar con las evacuaciones, la respuesta es no, y habrá consecuencias».

Un portavoz estadounidense ha asegurado que ellos sí pueden garantizar la evacuación de aquí al 31 de agosto. En Les Echos del 24 de agosto puede leerse: «Joe Biden ha dado nuevas garantías sobre la evacuación de los ciudadanos norteamericanos, repitiendo que “todo americano que quiera volver a casa lo hará”. Pero es menos asertivo sobre la suerte de los afganos que han ayudado a los estadounidenses –o a los aliados de la OTAN– durante los veinte años de conflicto».

«La guerra, durante veinte años, oficialmente les ha costado la vida a 240 000 personas.»



Soldados norteamericanos en el aeropuerto de Kabul el 21 de agosto de 2021

DR

ÚLTIMA HORA

Este martes 24 de agosto se celebra por videoconferencia una reunión urgente del G7 a demanda de Boris Johnson. Los británicos, los alemanes y los franceses quieren presionar a los estadounidenses para prolongar su presencia unos días más después del 31 de agosto y poder terminar las evacuaciones.

¿De dónde vienen, qué son los talibanes?

Para responder a esta pregunta hay que revisar brevemente la historia de Afganistán.

■ Algunos datos anteriores a la instauración de la república

Durante muchos siglos Afganistán fue fundamentalmente un lugar de paso, una escala en la ruta de la seda. Montañoso, escarpado, atrasado, estaba sometido a unos señores de la guerra locales que dirigían la región apoyados en una base étnica de relaciones tribales. Esos jefes guerreros libraban entre sí batallas con regularidad. Se enfrentaron a la India, y también a los persas, los rusos y los ingleses.

En 1898, los ingleses invaden Afganistán para convertirlo en un Estado colchón. Actúan así para contrarrestar la ofensiva del zar, que quiere afirmar su dominio sobre Asia central, y proteger el reino de India, bajo control británico, frontera con Afganistán (recordemos que por esas fechas los territorios del actual Pakistán pertenecían a la India).

Diversas guerras enfrentarán a los británicos con los diferentes señores de la guerra afganos. En 1893, tras una derrota de los afganos, los ingleses organizan la división de algunos territorios de Afganistán, en particular la separación de las poblaciones pastunes, parte de las cuales queda en Afganistán y otra parte en India (hoy esos territorios pastunes están en Pakistán).

Con la partida de los británicos a comienzos del siglo XX, se establece una monarquía. Se presenta como «moderna» pero carece de medios para reducir a los jefes guerreros y a sus tribus. Y en lo sucesivo tendrá lugar una larga lista de crímenes, de golpes de Estado que marcan la historia de Afganistán.

En febrero de 1973, un golpe de Estado derroca a la monarquía e instaura la república. El nuevo gobierno intenta mantener buenas relaciones tanto con Estados Unidos como con la URSS. La burocracia del Kremlin apoya a Afganistán contra Pakistán, punta de lanza estadounidense en la región.

En 1978 se produce un nuevo golpe de Estado por iniciativa del Partido Comunista afgano que, pese a la dirección estalinista sometida a la URSS, cuenta en sus filas con ciudadanos, jóvenes, funcionarios, trabajadores que recurren a él en su voluntad de soberanía nacional, de acabar con la corrupción y los señores de la guerra. Pero, llegado al poder, el gobierno aplica una política estalinista: emancipación forzosa de las mujeres (retirada

del velo) y colectivización forzosa, lo que provoca la revuelta de los campesinos. Inmediatamente, el régimen, al mejor estilo estalinista, denuncia esas revueltas como fundamentalistas, islamistas, opuestas a la modernidad, y organiza una represión masiva.

Se desarrolla un movimiento armado de resistencia. Bajo el auspicio de Estados Unidos, los servicios secretos pakistaníes arman y financian esos movimientos para darles un tinte islamista y que no aparezcan como una revuelta social y política.



Afganistán comprende múltiples etnias con lenguas diferentes. Hay cuatro grupos principales: los pastunes, que representan el 38 % de la población (en el vecino Pakistán hay también población pastún, que representa el 15 % de la población pakistani); los tayikos, que representan el 25 % de la población de Afganistán (la mayoría de la población tayika vive en la vecina república de Tayikistán, los hazaras representan el 19 % y los uzbekos el 6 % (la mayoría de los uzbekos vive en Uzbekistán). Los pastunes, los tayikos y los uzbekos son sunitas. Los hazaras, que hablan un dialecto persa, son chiítas y siempre han sido oprimidos.

■ La intervención de las tropas del Kremlin en 1980

En enero de 1980, ante la incapacidad del gobierno afgano de afrontar la situación, la burocracia del Kremlin interviene en Afganistán.

Pero la verdadera razón no es tanto prestar ayuda al gobierno afgano como intentar contener, con la aprobación tácita de Estados Unidos, la revolución en Irán de 1979, que derroca al sha y amenaza a toda la región. La burocracia sobre todo está preocupada por las repúblicas soviéticas de Asia central, donde la población es mayoritariamente musulmana. Así las cosas, Estados Unidos decide pasar a la siguiente fase. Con el concurso de los servicios secretos pakistaníes, armarán, organizarán y formarán lo que la prensa de la época llamó los muyaidines. Estados Unidos recurrirá a Arabia Saudí y a los Estados del Golfo para financiar al esfuerzo de guerra. Y uno de los miembros de la gran familia de la nobleza saudí, Ben Laden, contribuye, con Pakistán y los estadounidenses, a la financiación de esos grupos de oposición. Pero ante los progresos de la guerra de

contraguerrilla librada por los soviéticos, que disponen de numerosos helicópteros para matar a los muyaidines en las montañas, Estados Unidos decide suministrar misiles Stinger, que pueden derribar helicópteros. La burocracia del Kremlin decide en 1989 retirarse de Afganistán. El gobierno apoyado por los soviéticos se hunde, pero los diferentes grupos muyaidines siguen combatiendo. Intelectuales franceses de la época, como Bernard-Henri Lévy, presentaron a esos combatientes como «combatientes por la libertad». Todos esos grupos enraizados en etnias y tribus eran fundamentalistas islamistas en mayor o menor medida y con distintos matices. En abril de 1991, el comandante Massud, a la cabeza de la Alianza del Norte, surgida entre la población tadjik, entra en Kabul. Es celebrado en todo el mundo como un demócrata, particularmente en Francia, ya que estudió en el liceo francés de Kabul y habla c;francés con soltura. Pero en su feudo de Panshir, aunque las niñas gozan del derecho de ir a la escuela, se aplica la ley de los clanes y las tribus.

El dirigente Hekmatyar, un fundamentalista islámico, respaldado por las milicias pastunes y en virtud de un acuerdo entre las diferentes facciones de dirigentes de los movimientos de guerrilla, se convierte en primer ministro. En 1992 instaura la Sharia (obligatoriedad del velo para las mujeres, prohibición de la música en la radio). Pero Afganistán no se unifica. Los jefes de los clanes siguen enfrentándose y luchando. A partir de 1994 se constituyen los talibanes (literalmente, «estudiantes de teología»). El mulá Omar lleva la iniciativa. Él ha combatido contra los rusos, es compañero de Ben Laden pero no se alinea con él. Los talibanes pretenden instaurar un califato islámico en todo Afganistán. En 1996 consiguen controlar todo Afganistán e instauran un orden represivo y rigorista. Restablecimiento del orden sobre el que Madeleine Albright, secretaria de Estado norteamericana, declara el 27 de septiembre de 1996: «Es un paso positivo».



Talibanes en Kabul, agosto de 2021.

DR

■ La confesión de Hilary Clinton en 2009: «Al Qaeda, los talibanes, somos nosotros»

El 11 de septiembre de 2001 se producen los ataques a las Torres Gemelas de Nueva York, reivindicados por Ben Laden y Al Qaeda, que dan lugar a la consabida reacción estadounidense.

Estados Unidos decide atacar Afganistán, donde se refugia Ben Laden.

Los especialistas coinciden en explicar que los talibanes no estaban particularmente implicados en ese atentado. Ellos se concentraban en Afganistán y no pretendían integrarse en la nebulosa terrorista internacional, aunque dejaban actuar a Al Qaeda en Afganistán.

Por su parte, Ben Laden, que antes había operado con los estadounidenses y los pakistaníes, se radicalizó. Tras la partida de los rusos, Estados Unidos se había desentendido en gran medida de la situación en Afganistán. Quería dejar atrás ese periodo y por lo tanto a Ben Laden. Por

eso él, amenazado por la monarquía saudita, tuvo que abandonar Arabia Saudí para refugiarse en Afganistán (cuando los estadounidenses entran en el país, Ben Laden se refugia en Pakistán, con el apoyo de una parte del ejército y de los servicios pakistaníes, qué duda cabe). El régimen talibán es derrotado y se establece un nuevo régimen al servicio de los norteamericanos: la República Islámica de Afganistán.

El 24 de abril de 2009, Hillary Clinton, secretaria de Estado de Obama, hace unas declaraciones en el Congreso a propósito de Afganistán. Es una confesión sorprendente: «Nosotros creamos Al Qaeda y a los talibanes». Y se explica sobre este punto por extenso ante los congresistas: «Hace veinte años financiamos a la gente a la que hoy combatimos, y lo hicimos porque estábamos comprometidos en la lucha contra la Unión Soviética. Habían

invadido Afganistán y nosotros no queríamos que controlasen Asia central, así que nos pusimos a la tarea. El presidente Reagan, de acuerdo con el Congreso, que controlaban los demócratas, dijo: «Tratemos con el ISI» [servicios militares secretos pakistaníes], y el ejército pakistaní reclutó a esos muyaidines. Era perfecto que vinieran de Arabia Saudí y de otros países, con su islam wahabita, para que pudiéramos derrotar a la Unión Soviética. Los soviéticos se retiraron, perdieron miles de millones de dólares y eso dio lugar al hundimiento de la Unión Soviética. Cuando desalojamos esa región, dijimos a los pakistaníes: «Haceos cargo de los Stinger que hemos dejado en vuestro país». Y esos Stinger se utilizaron contra las tropas de Estados Unidos. Este es el origen de los talibanes. Como sucede a menudo, el monstruo se vuelve contra su creador. ■

China, Rusia, Irán...

Los tres países han mantenido abierta su embajada en Kabul, con lo que de facto reconocen el régimen de los talibanes. China y Rusia han subrayado la debilidad estadounidense; Irán se ha congratulado de su debacle. Evidentemente, en el marco de la crisis del liderazgo estadounidense, cada potencia intenta jugar su baza. Pero no es solo eso. China y Rusia también ambicionan las importantes riquezas mineras de Afganistán, y China es quien lleva la delantera en este tema. El ministerio estadounidense de Defensa calculó las reservas afganas de litio en 2010 en un billón de dólares. Desde entonces, ese valor se ha multiplicado por tres. Y con la expansión del coche eléctrico el litio se ha vuelto indispensable. Pero las reservas afganas prácticamente no se explotan. Para hacerlo se requerirían infraestructuras especializadas que solo podría instalar un socio extranjero,

en este caso China. Y hay además otra razón que mueve a China, la cuestión de la minoría musulmana uigure en la propia China, a la que la burocracia de Pekín reprime severamente. Hay uigures combatiendo dentro de las tropas talibanas y estas apoyaban hasta ahora a los musulmanes en China, aunque parece que se ha cerrado un acuerdo por el que los talibanes renuncian a apoyar a los uigures.

Para Putin, la cuestión es de idéntica naturaleza. Se levanta contra la propuesta de Estados Unidos y de la Unión Europea de que los refugiados afganos se establezcan en las antiguas repúblicas soviéticas de Asia central, con el argumento de impedir la infiltración terrorista. En realidad, el temor de Putin es que la crisis en la región pueda tener consecuencias directas para Rusia. A Irán, que ha emprendido una importante lucha contra el tráfico de drogas en su país, le preocupa el tránsito por su territorio de una buena

parte de la cosecha de adormidera afgana (en Afganistán, recordémoslo, se produce el 80 % de la adormidera del mundo). Irán, que acoge ya a millones de afganos, no puede sino inquietarse por la situación, habida cuenta además de que la frontera entre estos dos países tiene más de novecientos kilómetros. Según el diario libanés L'Orient-Le Jour, «la situación en Afganistán suscita en Irán temores ante un posible resurgimiento en el país vecino de movimientos yihadistas dentro del Estado Islámico».

En realidad, como China y Rusia, Irán teme la constitución de un califato sunita que desestabilice toda la región. Un 10 % de la población iraní es sunita, y están muy controlados y reprimidos en nombre de la lucha contra ciertos grupos terroristas. En el fondo, lo que temen tanto unos como otros son las consecuencias mundiales que pueda tener la desestabilización generalizada en la región. ■

BREVE > India y Pakistán

A India le preocupan las consecuencias de la victoria de los talibanes, aliados de Pakistán, temen el recrudecimiento de «las acciones terroristas islamistas» en la disputada frontera de Cachemira, entre Pakistán e India. A pesar de estar aliado con los talibanes, a Pakistán también le preocupa que esta victoria pueda relanzar la actividad de grupos terroristas islamistas pakistaníes cuyo objetivo es derrocar al gobierno pakistaní «a sueldo de los americanos» y «enemigo del Islam».

La causa de las mujeres afganas, una instrumentalización que no cesa

■ Extraído de Mediapart

Utilizadas como pretexto por las potencias extranjeras desde hace cuarenta años, las mujeres afganas van a enfrentarse nuevamente al rigorismo de los talibanes. En un país donde sus derechos hacían ya aguas por todas partes [...].

La «protección» y la «liberación» de las mujeres afganas, tras los atentados del 11 de septiembre en Estados Unidos, entraron a formar parte de los argumentos esgrimidos por todas las potencias occidentales para justificar la intervención de las fuerzas de la OTAN en el país. Por lo que muchas sienten que han sido abandonadas y vilmente engañadas [...].

«¿La causa de las mujeres afganas era una

falsa excusa desde el principio!», se duele Carol Mann, historiadora y socióloga especializada en la problemática de género en el contexto del conflicto armado [...].

Desescolarización, aumento de los matrimonios forzados, violencia doméstica, inmolaciones y suicidios... Ese duro panorama presentado en 2007 por la investigadora iraní Elaheh Rostami-Povey (Afghan women: identity and invasion, no traducido) no ha dejado de agravarse. «La modernidad consiste en que esas mujeres toman la palabra y denuncian lo que padecen» (conviene ver a este respecto el documental *A thousand girls like me*), señala Carole Mann [...].

Las políticas de desarrollo, a veces al mar-

gen de la realidad, que buscan la «emancipación» de las mujeres afganas, pronto fracasan ante una realidad obviada, la de un país ocupado por potencias extranjeras, asociadas a un gobierno títere. «Durante demasiado tiempo se ha descrito a las mujeres de Afganistán como mujeres pasivas a la espera de su liberación», escribía también Elaheh Rostami-Povey en 2007. «Tras el ataque del 11 de septiembre, Washington, apoyado por Londres, las utilizó como argumento para bombardear el país. Miles de ellas murieron bajo el diluvio de bombas. Hoy como ayer, las mujeres están alienadas por el patriarcado, pero también por la falta de seguridad social y económica».

¿Acogida de refugiados?

La propaganda mediática insiste en mostrar a los estadounidenses y a los europeos colaborando en la evacuación de los afganos. Pero es algo que sucede a cuentagotas. Hay miles y miles de afganos ante el aeropuerto, atrapados entre las tropas estadounidenses que les impiden entrar y los talibanes que filtran las entradas al aeropuerto. Siete afganos han muerto pisoteados en una avalancha. Imagen terrible, vemos a una mujer afgana a la que impiden acceder al aeropuerto tender su bebé a un soldado estadounidense para que al menos él escape de la barbarie.

¿Qué va a ser de estas miles de personas evacuadas de Afganistán? Estados Unidos y la Unión Europea acogerán a una pequeña parte. Pero la línea desarrollada por Joe Biden, naturalmente apoyada por la Unión Europea, es colocar a los refugiados en «países seguros» fuera de Europa y de Estados Unidos, en Asia central, por ejemplo.

De entrada, Turquía ha reaccionado con una declaración del presidente Erdogan: «Es inevitable una nueva oleada migratoria si no se adoptan las medidas precisas en Afganistán y en Irán. Turquía, que ya



DK

acoge a cinco millones de refugiados, no puede soportar más carga». Inmediatamente, Turquía ha construido un muro en su frontera con Irán. Y Grecia otro muro, de cuarenta kilómetros, en su frontera con Turquía. Por un lado los discursos, por otro la realidad: la barbarie

imperialista. ¿Y Francia? «De nuevo va a ser Francia el país europeo que no acoge prácticamente a nadie», ha declarado en France Info Marie-Laure Malric, miembro del Colectivo por una Nación Refugio, una asociación de ayuda a los refugiados.

Hace veinte años

Los atentados del 11 de septiembre de 2001, preludio de la guerra de Afganistán

Editorial del n.º 504, semana del 12 al 18 de septiembre de 2001 (extractos)

CEl 11 de septiembre supondrá un giro en la historia mundial. En el momento en que escribimos, es demasiado pronto para tener una visión exacta de las causas y consecuencias de los atentados que costaron miles de vidas ayer, en Nueva York, en Washington y en Pensilvania. Pero es cierto que esto abre una situación nueva, sobre la que tendremos que tratar en nuestras próximas ediciones.

Miles de ciudadanos estadounidenses, en su inmensa mayoría asalariados, han sido las víctimas inocentes de estos atentados. Víctimas que se añaden a una lista ya demasiado larga: un millón y medio de niños iraquíes muertos a consecuencia del embargo en los últimos diez años, millones de víctimas en las guerras en los Balcanes, en Sierra Leona, en Ruanda, en Somalia, millones de africanos muertos por malnutrición, hambre y epidemias como consecuencia de la economía de la deuda y de los planes estructurales. ¿Y cuántos otros más?

El nuevo orden mundial, que nos anunciaban hace diez años como el de la



democracia y la paz, se revela cada día más como portador de guerras, desolación y sufrimientos inusitados para todos los pueblos. Apenas se producían los atentados en la costa este de Estados Unidos

cuando ya se elevaban voces reclamando recortes presupuestarios drásticos en los presupuestos sociales para inflar a porfía los presupuestos del ejército y de los servicios secretos. Al mismo tiempo, el hundimiento de todas las bolsas mundiales venía a agravar una recesión rampante, que ya había provocado millones de pérdidas de puestos de trabajo. El alza de la cotización del petróleo, la progresión fulgurante de la cotiación del oro..., una vez más, el significado de este giro de la historia mundial no puede evaluarse correctamente en esta fase. Pero nadie puede dudar de que esta nueva situación acrecienta las amenazas que se ciernen sobre los trabajadores y los pueblos del mundo entero [...].

En este momento de cambio de la situación mundial, la acción política obrera independiente es el único medio para defender las conquistas de la civilización, indisociables de la democracia y de la paz. Informations ouvrières está, cada semana, al servicio de esta acción política por la paz, la democracia y la justicia social.

LA REDACCIÓN ■

eit.ilc@fr.oleane.com